

nuestros mayores las maravillosas leyendas del mundo caballescico, y cómo empiezan á ganar la estimacion de los discretos las peregrinas historias del ciclo carlowingio. Ciertamente es en verdad que son acogidas con igual aprecio las relaciones bretonas, segun lo prueba en el siglo XIV la ya citada *Estoria del Rey Guillermo de Inglaterra*, que ampliada tambien, como el *Noble cuento de Chárlas Maynes*, debia alcanzar dos centurias adelante extraordinario aplauso¹. Las aventuras y singulares vicisitudes de aquel príncipe y de su esposa Graciana, y las no menos sorprendentes de Lobel y de Maryn, sus hijos, coronados de felicísimo éxito, no podian dejar de interesar grandemente en una época en que eran verosímiles los más altos portentos, allanando la fé religiosa el camino y disipando con fuerza irresistible todo linage de dudas. Mas fijando particularmente nuestras miradas en los monumentos arriba mencionados, licito juzgamos manifestar que debió merecer la preferencia el *Cuento muy fermoso del Emperador Ottas et de la Infanta Florencia, su fija*, así como excitará hoy mayor interés en cuantos acierten á saborear su lectura.

Distante igualmente de uno y otro ciclo caballescico, tiende en la version castellana, como el *Cuento de Chárlas Maynes*, á un fin didáctico, con el premio de la virtud y el castigo del vicio. Garsir, emperador de Constantinopla, sabe que Ottas, emperador de Roma, tiene una hija llamada Florencia, de tan extremada belleza como honestidad; y codiciando su posesion, enviale un mensajero pidiéndola por esposa; mas con el expreso mandato

¹ En 1526 se daba á luz en Toledo con este título: «Crónica del rey don Guillermo, rey de Inglaterra é duque de Angeos et de la Reyna doña Berta, su muger; é de como por revelacion de un ángel le fué mandado que dexase el Reyno é Ducado é anduviese desterrado et de las extrañas aventuras que andando por el mundo le auino (sic)». Esta edicion no debió ser la primera, por cuanto en el mismo título se añadia: *Agora nuevamente impreso*. Tambien las prensas de Dominico Robertis daban á luz el año de 1553 en Sevilla tan singular leyenda, muy poco ó nada conocida de nuestros más entendidos bibliófilos, por más que en el siglo XVI fuese familiar á todo linage de lectores. Esta circunstancia nos hace aquí sensible la imposibilidad de ofrecer detenido análisis de la primitiva version castellana. Véanse no obstante las *Ilustraciones*.

de amenazarle con la guerra, dada la eventualidad de la negativa. Enojado escuchó el anciano Ottas la altanera embajada de Garsir, y consultados sus magnates, replicó á tal demanda, aceptando aquella manera de reto. Con poderosa armada se dió Garsir á la vela, al saber la respuesta del romano, aportando en breve, bien que no sin peligro de naufragio, á las costas de Salerno, y moviendo al punto su ejército contra Olifante, fuerte ciudad, asentada á seis leguas de Roma. Convocados entre tanto sus próceres y caballeros, prepárase Ottas para salir al campo; y apenas habian las huestes de Garsir avistado la ciudad, cuando es acometido el real de los griegos por dos paladines desconocidos, caudillo cada cual de veinte caballeros, que bastan á infundir verdadero terror en el ánimo de los invasores. Eran aquellos hijos del rey de Ungría, que muerto su padre y arrojados del reino por la impiedad de su madre que habia dado mano y corona á otro, venian resueltos á favorecer á Ottas contra la violencia de Garsir, ganosos de merecer al par el amor de la hermosa Florencia. Precedidos por el aplauso de la victoria, preséntanse ambos hermanos, Miles y Esmere, al emperador, quien no solamente los acoje con extremado cariño, sino que les ruega acepten distinguido asiento en el banquete que daba á sus caballeros, como para inaugurar la próxima campaña.

En medio de la corte romana apareció á los ojos de Florencia el valeroso Esmere, cual tipo de belleza, así como la fama de su valor lo habia pintado ya en su mente, cual modelo de la caballería. «Él era grande et membrudo et muy bien tajado: cataua muy fermoso et era blanco como flor de lis, et tan bien colorado que era maraviella. Los ojos avia verdes, las sobrecejas bien puestas; cabellos de color de oro; ancho era de espaldas et delgado en la cinta.» Dominada de tan gallarda y varonil presencia, siente brotar en su pecho la llama de amor, haciendo ardientes votos por el logro de la dulce esperanza, en aquel momento concebida¹. Ottas, llegada la hora de partir contra los

¹ Debemos notar que la pintura de Florencia está hecha con igual frescura y gracia:

«Esta Florencia de que uos fablo... (dice) quando legó á edat de quinze

griegos, promete la corona imperial y la mano de su hija al afortunado caballero que más bravura ostente en las batallas, resuelto á dar él mismo ejemplo de valor, como soldado. Al frente de los suyos, embiste á Garsir con inusitado esfuerzo, y trabada la pelea entre ambos monarcas, caen los dos en tierra al rudo choque de las picas, mostrándose no obstante la victoria favorable al romano, que cercado de improviso por innumerables guerreros, hubiera perdido la vida, si el arrojado de Esmere no le sacara de tan apretado lance. Roma iba á quedar libre de enemigos, cuando una saeta, disparada por oscura mano, traspasa las sienas de Ottas, que tenia acaso levantado el yelmo, y rodeado Esmere de nuevos y más numerosos combatientes, sucumbe al fin, siendo presentado al bizantino, cual principal trofeo del triunfo.

Grande fué el luto de la ciudad y la amargura de Florencia, al saber el desventurado fin de Ottas. Los griegos se adelantan al propio tiempo sobre Roma, y asediándola estrechamente, la reducen al último extremo: para salvarla, resuélvese Florencia á tomar esposo, eligiendo á Miles, muerto ya segun voz pública el valerosísimo Esmere. Prendado de su esfuerzo y de su gentileza, hábale puesto sin embargo el emperador Garsir en libertad; y vuelto á Roma entre las aclamaciones del pueblo, desbarataba su presencia el casi realizado proyecto que iba á ceñir á las sienas de Miles la imperial corona. Esmere, recibido como libertador y escudo de la nación romana, es revestido de la púrpura y ungido con el óleo santo; mas la enamorada Florencia, anteponiendo el deber de reina á la felicidad de esposa, le impone la obligacion de pelear hasta vencer al enemigo de la patria, único

»anios foé tan bella et tan cortés et tan bien ensennada que en todo el mundo non le sabian par. Ya de las escripturas nin de las estorias ninguno non sabia más; de la harpa et de uiola et de otras estrumentos ninguno non fué mas maestre. Et con todo esto le diera Dios tal donayre que non se abondauan las gentes de oyr su palabra, onde ella era mocho abondada et mocho conplida. El su parecer et el su donayre en el mundo non le fallauan par: asi que desian aquellos que la afemençiauau, que desde Dios formára á Adam et Eva que tan bella criatura non nasçiera synon una que nunca ouo par nin auerá.» Los demás retratos participan de igual sencillez y gracia.

instante en que hará suya la flor de su juventud y belleza. Con esta esperanza, sale Esmere al campo, combate, vence y persigue á los griegos, forzándolos á embarcarse; y apoderado de gran número de bajeles, forma la resolucion de llevarles la guerra á su propio imperio, para lo cual encomienda la guarda de Roma y la custodia de Florencia á Miles, su hermano, con otros dos caballeros, Samson y Agravain, distinguidos entre los magnates romanos por su valor y riquezas.

Llegada juzgó Miles la hora de vengar el desaire antes recibido; y no bien se habia separado de Esmere, cuando trazaba horrible traicion para despojarle del imperio y de la esposa. Sólo halló obstáculo á su pérfido intento en Samson y Agravain; pero muerto el primero en la demanda, sucumbió el segundo al criminal propósito de Miles, quien para lograrlo mejor, mandaba poner en fúnebres andas el cadáver de Samson, echando voz de que era el de Esmere, noticia que iba llevando por todas partes verdadero dolor y que producía en Roma el más profundo llanto. Agravain descubria, sin embargo, aquella trama al pontífice (Apostóligo); y cuando se tenia Miles por seguro de su maldad, era sorprendido y encarcelado en el alcázar régio, renovándose la general alegría, al saberse las victorias de Esmere. Penetrando este en Constantinopla, habia vencido entre tanto á Garsir en su propio palacio, reconociéndole el anciano monarca como á natural señor, al rendirle su espada: con él tornaba á Roma, recordando los triunfos de los antiguos Césares, y sabedora Florencia de su venida, manda, para evitarle enojos, sacar á Miles de la prision en que le tenia, ordenándole que salga al frente de la nobleza á recibir á su victorioso hermano.

Mal pagaba el traidor esta generosidad: al avistar á Esmere, fingese maltratado de Florencia, porque entregada esta á torpes amores con Agravain, habia pretendido castigar en él tal deshonra; y en el instante en que el leal caballero, lleno de alegría, corre á felicitar á su rey, se vé acometido por el impostor, sospechando Esmere á vista de semejante saña que habia algo de siniestro en el proceder de Miles. La declaracion del calumniado Agravain, convence al emperador de la protervia de su hermano, resolviéndole á darle muerte; Garsir se interpone sin em-

bargo y suspendida la ira del injuriado príncipe, logra el perdón del criminal, á quien manda Esmere volver á Roma.

Con nueva perfidia respondía allí á tanta clemencia: mintiendo celo y cariño, induce á la confiada Florencia á salir en busca de su esposo, y apartándola insensiblemente de su comitiva, conducéla á espesa montaña, por la cual camina tres dias, sin tomar descanso, hasta llegar á una ermita, ensangrentándose en el anciano que moraba en ella y reduciéndola á cenizas, porque se habia condolido aquel de la dolorida reina. Consumado este crimen, intenta mancillar su honestidad; mas dominado por la extraordinaria virtud de una piedra preciosa que llevaba en el cinto Florencia, pierde al tocarla las fuerzas corporales, no pudiendo dar cima á sus torpes deseos; é irritado contra la infeliz doncella, azótala cruelmente con punzantes abrojos, colgándola de los cabellos á un árbol para más saborear su inicua venganza. Avino acaso que Tessin, señor de un castillo, que señoreaba aquellos montes, saliera á caza con sus caballeros y que persiguiendo estos á un venado, pasáran por aquel sitio: cobarde, como cruel, huyó Miles despavorido al acercarse los cazadores; y movido de piedad á tan desusado espectáculo, mandaba Tessin descolgar á la casi exánime Florencia, llevándola á su castillo, donde recobraba la salud, merced á los solícitos cuidados de la esposa é hija del noble caballero. Mas no se vió libre de nuevas desventuras. Macayre, vasallo de Tessin, concibe ardiente pasión por ella, y siendo deshonrosamente despreciado ¹, forma el infame propósito de tomar cruda venganza. Para ejecutarla, ocúltase en la cámara en que dormían Florencia y Beatriz, hija del castellano, y en el silencio de la noche degüella á la última, poniendo en la diestra de la extrangera el arma ensangrentada. Aquejado Tessin de feroz sueño, salta entre tanto

¹ Es de notar la circunstancia de llevar aquí, como en el *Cuento de Chárlos Maynes et de Sebilla*, el nombre de *Macayre* un personaje que hace oficio de traidor. Esto prueba el comun origen de las leyendas que examinamos, ó cuando menos que fué el mismo el traductor castellano de ellas. A esta creencia nos inducen todos los accidentes especiales del código escurialense, formado con un solo propósito, así como tambien todos los caracteres literarios que las avaloran.

de su lecho, corre al de Beatriz, y halla á la tierna virgen cubierta de sangre, viendo en manos de Florencia el arma que la habia despojado de la vida. Acusada del asesinato y condenada á la hoguera, tenia ya perdida la infeliz reina toda esperanza de salvacion, cuando enternecido Tessin de sus lamentos y juzgándola incapaz de tan inicua conducta, mandaba ponerla en libertad, arrojándola no obstante de sus dominios ¹.

Caminando dos dias á la ventura, encuentra Florencia una ciudad, á cuyas puertas iban á ahorcar un ladrón, terror de la comarca: á tal espectáculo se conduce del bandido, y recibida con singular agasajo por el señor de la referida ciudad, pídele y obtiene la vida de Clarenbaut, que tal es el nombre del criminal, tomándole por palafrenero. Pero este acto de caridad sólo acarrea á la triste Florencia nuevos infortunios: Clarenbaut, cediendo á sus antiguos hábitos, engaña á la reina, prometiéndole llevarla á tierra santa y vendiéndola en realidad al capitán de un grueso navio, llamado Estoc, que burlando á su vez la ingrata codicia del bandido, le entrega un saco de plomo, en lugar del oro que le habia prometido. Prendado Estoc de la belleza de Florencia y teniéndola por suya, intenta ya en alta mar manci-

¹ Este episodio forma la *PATRAÑA VEINTE Y UNA* de las que incluyó Juan de Timoneda en su *PATRAÑUELO*, mostrando semejante coincidencia que el *Fermoso cuento de don Ottas et Florencia* llegó con cierta estimacion al siglo XVI. En la *PATRAÑA* referida lleva *Florencia* el nombre de *Geroncia*, Esmere el de *Marcelo*, Miles el de *Pompeo*, Tessin el de *Marqués de Delia*, Macayre el de *Fabricio* (que es hermano del Marqués), y así de los restantes.—Marcelo, acusada Geroncia por su hermano, la manda matar en un bosque sin oírlo, dando este encargo á dos lacayos suyos, llamados Lobaton y Robledo: el primero quiere mancillar á Geroncia, y el segundo muere en su defensa; mas cuando Lobaton está á punto de lograr sus carnales deseos, sobreviene el marqués, salvando á Geroncia de aquella infamia.—Rechazado despues Fabricio, mata á un sobrino suyo y esconde el cuchillo entre las faldas de Geroncia, que ha trocado su nombre por el de *Clariquea*. Condenada esta al fuego, debe á la piedad de la marquesa la vida, siendo conducida en cambio á una isla desierta (*Desafortunada*) en que morian de hambre los que eran condenados á muerte. Timoneda sigue en lo demás la narracion del *Fermoso Cuento*, con variantes análogas á las ya indicadas.

llar su pureza; mas roto de repente el mástil y combatida la nave por furiosas olas, vióse forzado á abandonar la que juzgaba ya segura presa, arreciando la borrasca al punto de abrirse en dos el navio, salvándose milagrosamente la reina y el capitán, bien que de muy diverso modo. Florencia es arrojada á una playa, donde descubre una abadía, cuyas campanas se tañen á su llegada, y renunciando á los sinsabores y esperanzas del mundo, toma en aquel monasterio el hábito religioso. Armada de una piedra milagrosa y vencida de la caridad, sana en Belrepaire, que tal nombre lleva el monasterio ¹, todo linage de dolencias, virtud que le gana el amor de las monjas y la admiración de la comarca. Esmere tiene entre tanto guerra con el rey de Pulla y le vence; pero herido en la cabeza por una flecha, cuyo hierro no habian osado extraerle los más doctos físicos, no sólo vive triste, sino que padece dolorosas enagenaciones. La fama de la monja de Belrepaire le trae pues á este monasterio: á él acude tambien el traidor Miles, castigado por Dios con repugnante lepra, la más afrentosa dolencia de los tiempos medios; y con ellos vienen Macayre, Estoc, Tessin, su esposa, y Clarenbaut, aquejados cada cual de distinto padecimiento. Congregados todos por la reina, obligales á referir sus respectivas historias y á confesar sus crímenes, preparacion sin la cual carecia de eficacia la milagrosa piedra; y narradas sus desventuras por boca de sus perseguidores, dá principio á la obra de sanar los enfermos por su propio esposo, descubriéndosele despues; peripecia que produce grande admiración en el ánimo de Esmere y mayor espanto en los traidores. Castigados estos con la hoguera y recompensados largamente Tessin y su mujer, restituyense á Roma Esmere y Florencia, gozando felices del imperio.

Hé aquí la no sencilla urdimbre de aventuras que forman el

¹ Entre los muchos rasgos que nos recuerdan, al leer este raro libro, otras producciones caballerescas, debemos citar el nombre de *Belrepaire* ó *Bell-repaire*. En el famoso *Libro de Perceval*, dejado por éste el castillo de *Gurneman*, pasa á la ciudad de *Belrepaire*, cabeza del reino de *Conduiramor*, situada como el monasterio del *Cuento de don Ottas*, en una pintoresca playa. Esta semejanza de sitios é identidad de nombres no son para despreciadas, al tratarse de obras como las que examinamos.

Cuento muy fermoso del Emperador Ottas et de la Infante Florencia, su fija, et del cauallero Esmere. No tan rico de episodios, muy semejante en la terminación y de no menor interés para nuestros estudios por referirse á la historia de los primeros siglos del cristianismo, señalando esta nueva relación de la literatura caballerescas, es el *Fermoso Cuento de una Sancta Emperatriz que ovo en Roma* ¹. Bien quisiéramos exponer aquí su argumento para recreo de los lectores; mas forzados de la brevedad, cúmplenos sólo dejar consignado que así como las obras, cuyo asunto vá expuesto, contribuye á determinar la forma en que van tomado carta de naturaleza estas leyendas en la literatura castellana, mientras otros libros, más conocidos hoy, llegan á hacerse familiares entre los doctos, merced á más ó menos fieles traducciones. Testimonio de esta verdad histórica nos ofrecen los poetas de la misma edad que estudiamos: Pero Lopez de Ayala, Pero Ferrús, Alfonso Alvarez de Villasandino, Fray Migir y otros notables trovadores de la segunda mitad del siglo XIV hacen en efecto frecuentes alusiones á las historias de uno y otro ciclo; y como consta por irrecusables testimonios que existieron en la lengua castellana en todo el siguiente ², razon

¹ La inclinación que llevaban los estudios, no podia dejar de reflejarse en las producciones caballerescas, por más que dominara en el arte el espíritu de las mismas. Así se explica que llegaran á ser héroes verdaderamente romancescos los personajes más renombrados de la antigüedad clásica, cuyo conocimiento iba perfeccionándose cada día al paso que la civilización adelantaba en las vías del *Renacimiento*; y solo así puede comprenderse el prodigioso éxito que, aun operado este, logran los elementos y ficciones de la caballería. De tan importante materia hablaremos oportunamente con mayor espacio.

² El Archipreste de Talavera, que floreció al mediar del mismo siglo, despues de citar á Alejandro, Antioco y Anibal, menciona con igual aprecio á *Tristan de Leonis* y *Lanzarote del Lago* (*Viçios de las malas mugeres et complixiones de los omes*, Parte IV.^a, cap. VI); Fernán Perez de Guzman habla de *Merlin*, como de personaje muy conocido ya en España (*Mar de Historias*, fól. 96 v.) por sus profecías, habiéndose despues dado estas á la estampa (Búrgos 1498) con este título: *El Baladro del sábio Merlin, con sus profecías* (*Tipog. Esp.*, pág. 285); y en los catálogos de los libros de la Reina Católica, publicados por Clemencin, consta que existian

hay para juzgar que al mencionar los expresados vates los libros de *Lanzarote del Lago* y de *Merlin*, de *Tristan* y de *don Galás*, del rey *Ban* y de *Enrique de Oliva*, no olvidando los del famosísimo rey *Artús*, ni los de *Carlo-Magno* y su renombrada *Pairia*, hubieron todas estas obras de ser traídas al lenguaje vulgar, en cuyo único supuesto dejaban de ser impertinentes las referidas citas ¹.

en su cámara: 1.º Un *Libro de Merlin* (en romance) «que fabla de Jusepe de Arimatia»: 2.º La III.ª Parte de la *Demanda del Santo Grial* (en romance): 3.º La *Historia de Lançarote del Lago* (en romance) (Véanse los números 142, 143 y 144 de dicho catálogo). En 1414 consta asimismo que se acabó de escribir un códice que encierra la II.ª y III.ª Parte del *Lanzarote* (Bibl. Nac. Aa. 103) y en 1440 se custodiaba en la librería que los condes de Benavente tenían en el castillo de aquel título, una «*Bibria conplida* en romance, con un poco del *Libro de Merlin*» (Saez, *Monedas de Enrique IV* y Clemencin, *Elogio de la Reina Católica*, pág. 460). También Díez Gamez en su *Victorial de Caballeros*, fól. 29 y 30, menciona las *Profecias de Merlin* de tal manera que no deja duda de ser ya libro vulgar en Castilla.—Fernan Perez de Guzman daba no obstante á entender en su *Mar de Historias* citado, que al escribirlo, no se había puesto aun en castellano la *Demanda del Santo Grial*, por estas palabras: «Esta historia non se falla en latin, sinon en francés é dízese que algunos nobles la escriuieron» (Cap. XCVI, fól. 43 v., edicion de Valladolid, 1511).

1 Las alusiones que, segun vimos en el capítulo precedente, se habían hecho en los libros castellanos, respecto de los caballerescos, determinaban sin duda el conocimiento que los eruditos iban teniendo de aquel género de ficciones: las citas que ahora se repiten con excesiva frecuencia y en composiciones poéticas, cuyo éxito se fiaba por lo comun á una lectura rápida y pasajera, indican que esos libros andaban ya en manos de todos y por consecuencia en lengua tal que todos pudiesen comprenderlos. Lopez de Ayala dice que oyó muchas veces libros de devaneos, citando entre ellos el *Lanzarote* (*Rimado del Palacio*, sobre los sentidos). Ferrus, dirigiéndose al mismo Ayala, para recomendarle la vida de la sierra, le dice (*Canc. de Baena*, pág. 337):

Rey Artur et don Galás
Don Lançarote et Tristan
Carlos Magno, don Broldan
Otros muy nobles asás
Por las tales asperezas,
Non menguaron sus proezas,
Segunt en los libros yás.

Mas ya que por desgracia no existan ó no hayan llegado á nuestras manos todas estas primeras versiones de los libros caba-

Alvarez de Villasandino, hablando con Alfonso Sanchez de Jaen, le denuesta, diciéndole (id. pág. 124):

Por vos non dirán de los esleydos
De casa del rey de Ban de Magús, etc.

Imperial escribía (pág. 243 de mismo *Cancionero*):

Del linage del rey Ban
Ley et de muchos señores,
Et otros, y de Tristan
Que fenesció por amores, etc.

Y contando despues el nacimiento de don Juan II, no sólo le atribuye la magnificencia de *Carlo-Magno* y sus doce *Pares* (pág. 201), sino que le desea el estado del noble *Galaz* (pág. 220), añadiendo respecto del amor:

Todos los amores que ouieron Archilles,
Paris et Troylos de las sus señores,
Tristan, Lançarote de las muy gentiles
Sus enamoradas et muy de valores,
Él et su muger ayan [los] mayores
Que los de Paris et los de Viana...
E más que Tristan sea sabidor, etc.

Lo mismo vemos en las poesías de Fray Migir y Bartolomé García de Córdoba, que escriben á la muerte de Enrique III y al nacimiento de don Juan, y no otra cosa nos dice el citado Villasandino, en orden á otras ficciones. Hablando de la generosidad de una abadesa con el adelantado Per Afan, observa que le

... Sserá carylativa
Desque Enrique, fi de Oliva,
Salga de ser eneantado.

Esta leyenda, que se anuda á la historia de Carlo-Magno por los episodios de Ildegarda y de Sibila ó Sebilla, reconociendo su origen, segun ha mostrado el docto Svend Grundtvig, en una de las tradiciones contenidas en *Karla-magnus-laga*, era por tanto conocida en Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV y fue al cabo impresa, sin duda con algunas alteraciones, bajo este título: *Historia de Enrique, fi de Oliva, rey de Iherusalén*,

llescos, poseemos afortunadamente un monumento de tal importancia en la literatura española y fuera de ella, que basta él solo para determinar el camino que hicieron aquellas historias hasta aclimatarse en nuestro suelo, manifestando al par que sin la elaboración que dejamos indicada, jamás hubiera llegado á existir producción semejante. Hablamos de la *Historia del esforzado é virtuoso caballero Amadís de Gaula*, la más celebrada y mejor escrita de todas las narraciones romancescas, fuente y raíz de numerosa prole de sabrosas y entretenidas ficciones, recreo y pasatiempo de esclarecidos poetas y repúblicos ¹. Su aparición en la literatura castellana, más natural de lo que vulgarmente se ha supuesto, explica de una manera satisfactoria la transformación operada en el gusto de los eruditos, porque reflejando los elementos constitutivos de la literatura, á que dió vida el mundo de la caballería, estriba igualmente en las leyendas del ciclo breton y del ciclo carlowingio. Esta circunstancia, que á carecer de otras prendas, sería suficiente para que la crítica fijase en él sus miradas, incitanos á inquirir la antigüedad del libro de

emperador de Constantinopla (Sevilla 1498). El erudito Wolf ha publicado un curioso extracto, sobre el cual recae el trabajo del entendido Svend Grundtvig (*Über die Beiden Wiederangefundenen*, etc., pág. 86). En orden á Merlin, cuya celebridad llega al extremo, se repiten de tal suerte las citas y alusiones á sus profecías y se glosan estas con tal insistencia (*Cancionero de Baena*, núm. 199), que no parece lícito dudar de que el famoso *Baladro*, citado en la nota anterior, estaba ya en castellano en la segunda mitad de la centuria que historiamos. Como naturalmente advertirán los lectores, cobran mayor fuerza todas estas conjeturas, al tomar en consideración los datos que la preinserta nota contiene.

¹ Cervantes lo declara «como el mejor de todos los libros que de este género se habían compuesto y único en su arte» (*Don Quijote*, Parte I, cap. 6); siendo muy de notarse, según refiere don Francisco de Portugal en su *Arte de la Galantería* (p. 71, ed. 1682), que don Diego Hurtado de Mendoza, tan esclarecido poeta como docto historiador, enviado por embajador á Roma, llevase únicamente en su portamanteo un *Amadís de Gaula* y una *Celestina*, «de quien (añade Portugal) dijo alguno que les hallaba mas sustancia que á las Epístolas de S. Pablo.» Adelante veremos el juicio que sobre el mismo libro tenía formado el autor del *Diálogo de las Lenguas*.

Amadís; investigación no tan difícil hoy, acopiados por la erudición los datos que pueden ilustrarla ¹. Y si nos fuere dado señalar con su auxilio y con la exactitud que este linage de tareas consiente, el momento en que las letras castellanas producen obra tan aplaudida, no será ya lícito dudar de la significación que alcanza en su historia, comparado con los monumentos arriba examinados.

Al formar la Real Academia de la Lengua el catálogo de autoridades, que precede á su gran *Diccionario*, colocaba entre las producciones del siglo XV el libro de *Amadís de Gaula* ², y más adelante, un historiador respetable declaraba, sin mostrar duda alguna, que al ser escrito el *Conde Lucanor*, se hallaba ya el *Amadís* en manos de todo el mundo ³; pero antes de manifestarse estas opiniones habíase trabado y sostenido larga controversia entre franceses, portugueses y españoles sobre la legítima nacionalidad literaria de aquel libro. ¿Cuál de estos pareceres y pretensiones se apoya en más sólidos fundamentos?... Refiriéndonos á la cuestión de originalidad, para tratar después la cronológica, lícito nos será advertir ante todo que siendo los portugueses los que más empeño han puesto en recabarla para sí, la misma contradicción de sus escritores llega á hacerla sospechosa.

Según el testimonio de antiguos cronistas, era el *Amadís de Gaula* producción de un hidalgo, nacido en Oporto, á quien don Juan I dió la orden de caballería en vísperas del triunfo de Aljubarrota: llamábase Vasco de Lobeira y pasó en Yéives la

¹ La rectitud que mueve nuestra pluma nos obliga á declarar aquí, para honra suya, que nos valemos de las eruditas observaciones, con que don Pascual Gayangos ha ilustrado este punto en su *Discurso sobre los libros de caballerías*, que precede á la nueva edición del *Amadís* (*Bibl. de autores españoles*, t. XL), modificando en su vista alguna parte de este mismo capítulo. Y nos complacemos en hacer esta declaración con tanto más motivo cuanto que no siempre hemos estado acordes con las opiniones de este laborioso académico.

² T. I, pág. LXXXV.

³ Bouterweck, trad. cast. de Cortina y Mollinedo, pág. 7.